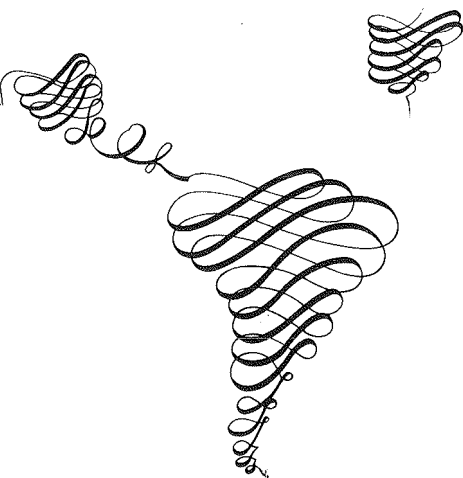




¿Dónde está Camelot?

El acceso místico del 82

CUANDO en 1982 el PSOE fue elegido con la aprobación de diez millones de votantes logró no solamente la legitimación para un mandato gubernamental, sino que recogió la confianza de los españoles para realizar la ansiada utopía de España. En estos meses, se viene hablando de aquel octubre en términos de ensoñamiento colectivo, de luna de miel con la Democracia que habíamos desposado en siete años de transición. En el 82, el país vivió un acceso «casi místico» de unión con sus deseos sociales más trascendentes. Varias causas contribuyeron a ese arrebató.

En primer lugar, hacía falta una nueva generación que supusiera una ruptura con la dinámica política anterior, una generación inmaculada en política. Se había saldado ya la deuda con la dictadura y ahora había que asumir la carga utópica que se traía: para eso se necesitaban nuevos profetas. El PSOE ofrecía esa generación joven en un partido nuevo también, ya que es un «partido de aluvión», formado rápidamente en el albor de la transición. Con una tradición casi centenaria, aparentaba suficiente renovación para los tiempos nuevos.

Como segunda causa, el PSOE logró capitalizar el proyecto de Progreso, la representación de una España que asumiera toda una serie de retos de transformación («Por el cambio») en todos los ámbitos desde una cultura de izquierda moderada. Los afiliados a este partido, además de aparentar ser los fundadores de una nueva España, que la iban a redimir de sus pecados seculares, también daban salida —y ésta sería una tercera razón— a toda una serie de deseos reprimidos en el inconsciente colectivo a través de exhibiciones en el control político de la empresa civil (expropiación de RUMASA), del ejército o de la Iglesia (con la que se ha mantenido una beligerancia gratuita propia de un anticlericalismo obsoleto).

Cuarto, también se contaba con la ingenuidad de los españoles que afrontaban el primer relevo parlamentario de la democracia con una ilusión y una confianza desmedida en las posibilidades de cambio social, cultural, político, económico, etc. Es la ingenuidad del recién casado.

Y, ante todo, se generó la trama asociativa más potente de la Historia de España que reclamaba un cuerpo político que materializara la idea que se venía cociendo en la ciudadanía. Ese tejido estaba enriquecido por el apoyo incondicional de los medios académicos e intelectuales, de los medios de comunicación, de la enseñanza, los sindicatos, etc. El PSOE logró favorecerse de todos estos factores sociales y construyó esa imagen carismática con que aparecían irresistibles ante el electorado, que acabó dándoles su voto mayoritario...

Felipe era el Rey Arturo en las Cortes de Camelot. Su armadura brillaba y la plaza se rendía a su voluntad.

A la busca del Santo Grial

UNA de las leyendas más famosas de la Historia es la que relata la vida del Rey Arturo y su mesa redonda en las tierras célticas de la cristiandad del siglo VI. En ella, Arturo es un joven señalado por los dioses para subir al trono de CAMELOT y abrir una nueva era celta.

Con el fin de lograrlo, congrega en torno a sí a doce caballeros que formarán el «dream team» (el equipo de ensueño). El mito de Camelot se aplica a todos aquellos gobiernos que reúnen a un conjunto de ministros ideales en torno a un hombre con carisma suficiente como para representar todo aquello que desean los ciudadanos para su país.

Con el paso de los años de reinado, Arturo envejece, sus súbditos se acomodan, se crecen sus enemigos interiores (su familia y algunos feudos) y exteriores y la corrupción aparece entre sus Caballeros de la Mesa Redonda (el mejor, Lancelot, comete adulterio con la esposa de Arturo, Ginebra). Arturo enferma y los caballeros emprenden una larga travesía para buscar el Santo Grial, la copa que consagró Cristo en la Última Cena y de la que dijo «quien beba de esta copa no morirá»: se le atribuye a esa copa la virtud de hacer eterno a quien beba de ella. La versión que filmó Steven Spielberg del ciclo artúrico («Indiana Jones y la Última Cruzada») muestra precisamente cómo el ansia por encontrar el Grial es una ambiciosa lucha por el poder perpetuo.

El dilema del Reino es: ¿Alargarle la vida a un rey decrepito, o dar paso a una serie de «reyes menores» esperando un nuevo Arturo? ¿O no hay que esperar más ningún Arturo?

Carismas de silicona

SE ha constituido un amplio consenso social alrededor de la idea de que la «Década felipista» está en su postrimería: tenemos un proyecto agotado, un presidente políticamente enfermo, algunos caballeros corruptos, sus enemigos danzan y los riesgos para el país son muchos y poderosos. Ha cesado la confianza en que González y su «dream team» son capaces de realizar la idea de España.

Los ciudadanos españoles tenemos solamente una experiencia de relevo político demócrata, el de UCD por el PSOE, y éste estuvo revestido, como hemos visto, de un gran carisma. Parece que ahora se reclama un nuevo cambio, pero, como

sólo tenemos aquella referencia, buscamos una reproducción del ambiente 82. La mayor dificultad para una alternativa, según los votantes, es la de la ausencia de «carisma» en casi todo el resto de los líderes: no hay ensueño. En las sociedades secularizadas el carisma se suele reconocer a aquellas personas o instituciones capaces de una gran ascendencia sobre los individuos por su gracia de mediar entre los grandes ideales y las personas que creen en esos proyectos.

El carisma no es natural, sino que es una compleja labor de imagen pública, de construcción televisiva de la realidad. El carisma se percibe a partir del icono del candidato y por eso decimos que el carisma es de silicona, porque en su mayor parte es artificial, dependiente de «carismógenos» como la estética televisiva, la voz radiofónica, el discurso emocional, la interpretación de la Historia, la simpatía, etc. Cada vez más se comprueba que estos aspectos empáticos e inconscientes son los decisivos a la hora de que el votante haga su opción electoral; y por ello son más claves los «carismógenos» que otros elementos como el «programa, programa, programa», la plataforma en el tejido civil, las bases del partido, la discusión técnica, etc. Las elecciones las ganan los profesionales del marketing, no los partidos políticos. Los riesgos del carisma son grandes para una democracia que seguirá estando así mientras no exista una vertebración de la sociedad civil, vías de socialización de los jóvenes en política, reflexión, evaluación, construcción de alternativas ideológicas y gestoras, etc. En España, además, somos muy «estatalistas» y dependemos de un «Estado carismático» que ordene la sociedad.

La escala del carisma va desde los mínimos del «hombre de transición» (un «rey menor») hasta «Camelot», que es el clímax. ¿Es posible un Camelot en la España de 1995?

La capital de España no es Camelot

EN el 94, menos felices pero más sabios que en el 82, los ciudadanos españoles se enfrentan a una cadena de elecciones en las que se irá consumiendo el fin de

la Década felípica. Y el relevo se enfrenta al problema de que, esta vez, no hay Camelot. Hay una lucha de carismas: unos, sin crédito, otros, insuficientes. Pero hoy no es posible Camelot porque no convergen las circunstancias sociales como para que lo haya.

No hay una trama civil tan viva ni las generaciones nuevas están tan interesadas en política. De la Generación P (politizada) de los 70 hemos pasado a la Generación X (indiferente) de los 90. Los españoles ya no somos tan ingenuos. No es nuestro primer amor, y del idilio adolescente pasamos a amores más serenos. Nuevamente se manipulan los materiales reprimidos en el inconsciente colectivo: se invoca el miedo a un retorno al Franquismo o a una nueva Guerra Civil, se usa la imagen del «señorito andaluz» correspondiente a una estructura de clases que generó una guerra. Pero como ya se han usado tanto, pierden mucha de la eficacia que tenían por estar reprimidos: es un capital-negativo que se agota. Por otra parte, no es necesaria una nueva generación porque el elemento clave en el 82 era liberarnos de aquellas personas que recordaban lo relativo al Franquismo. La transición consistió en olvidar, no en purgar: por eso no hay «abuelos» en política nacional, no hay ancianos, tan sólo padres, porque los abuelos de este final de siglo visten todos de gris. Es necesaria la alternancia gubernamental, no generacional.

Carecemos de un gran proyecto que ilusione a los ciudadanos, que sólo piden lo esencial: eficacia ante la crisis económica, solidaridad a través del Estado social, limpieza de la corrupción política (además de los «impulsos» democráticos, autonómicos, etc.). Los deseos son parciales, no se identifican con un gran proyecto y esto no es algo exclusivamente español, sino que mundialmente, tras la caída del Imperio Soviético, tan sólo las religiones parecen ofrecer proyectos compactos. Estamos en un país desencantado que, en este momento, sólo pide mínimos. No necesita un Rey Arturo carismático sino un emperador Claudio honrado.

España no madurará democráticamente hasta que no haya alternancias ideológicas y nos acostumbremos a ellas en el

gobierno, hasta que vivamos un cambio gubernamental que no precise de «Camelots». Hoy en día hay ausencia de arturos; en este tiempo de éxodo político no se vislumbra un Camelot para las tribus de Israel. Si se quiere buscar un nuevo éxtasis social, va a ser preciso pasar primero por un proceso de purificación hacia Camelot, que regenere, aclarándolo y limpiándolo, el sueño democrático del 78. Mientras, el Imperio debe elegir un nuevo rey y quizás no quede más que Claudio: menos carismático pero más sabio.